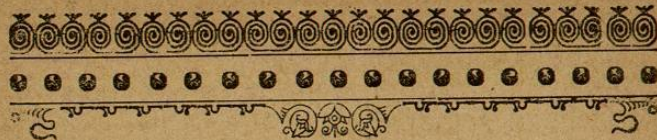


de su corazón, sin prever que en la última hora de su vida le faltaría tiempo para quemar estos papeles. A los demás les rogamos que no lo lean: nada hay en él de lo que se busca en los libros; éste sólo tiene interés para aquellos á quienes esta mujer virtuosa ha transmitido su sangre á la afinidad de su alma.

No podemos olvidar en nuestra dedicatoria á los amigos de la comarca donde vivió ella, los servidores ya viejos que no pronuncian su nombre sin verter una lágrima, ni á los labradores, cuyas pisadas desde hace veintiocho años, han privado de crecer hierba en el camino que conduce á su sepultura.

Saint Point 2 de Noviembre de 1858.



## El Manuscrito de mi Madre

---

I

Hoy es el 2 de Noviembre, día llamado *de difuntos*. Cuando estoy desocupado paso este día en Saint-Point con el mayor recogimiento, lo más cerca posible del pequeño cementerio del pueblo, con el cual comunica una puerta falsa de mi jardín.

Allí reposa, en aquella tierra que tanto amaba, mi madre, en un ataúd al lado de otro ataúd más pequeño que el suyo, y al cual parece que atrajo, al igual que se derrumba el nido que consigo arrastra la rama caída... Mi imaginación no quiera levantar

el velo que cubre á éste, por miedo de ver... ¡lo que no quiero ver más que en el cielo!

II

Durante este conmovedor y breve día de otoño, me esfuerzo para que el trato de los vivos no me distraiga en modo alguno de mi trato con las almas de los que no existen. Con placer me interno por los senderos menos frecuentados del bosque, donde los árboles conservan todavía tanta cantidad de hojas amarillentas que interceptan los pálidos rayos del sol, de las cuales también como lluvia constante tantas van cayendo, hojas muertas que pisamos, que nos dicen que todo está muerto, que todo muere, que todo morirá. La naturaleza es durante este mes, una inmensa elegía que se asocia íntimamente con la eterna elegía del corazón humano.

\*  
\*  
\*

Voy y vengo por la hierba húmeda sin otro objeto que pisar las huellas de los seres queridos que no hace mucho iban delante de mí, detrás de mí ó á mi lado por esta senda. Mis pies se paran por sí mismos como si á cada instante se clavaran en el suelo, delante de los robustos árboles, aislados por el lindero del bosque, debajo de los cuales por casualidad ó por costumbre se reunían de ordinario los ancianos, las madres, los niños, parientes y amigos cuyas voces creo oír aún, confusas, tiernas ó infantiles entre el murmullo ya sordo ya argentino del arroyo inmediato. ¡Ay de mí! no volverán á sentarse

en estas raíces, pero han dejado tal multitud de recuerdos, que hay momentos en que me parece que sólo están alejados de mí algunos pasos, que he equivocado el árbol ó el claro del bosque para reunirme con ellos, voy á verles y oírles al doblar la senda.

III

Hay especialmente uno de estos lugares, donde mis ojos no se cansan de buscar á los que no volverán jamás. Está á algunos centenares de pasos de la casa. Para ir al bosque se sigue un camino con espinos por ambos lados, que atraviesa un gran campo pedregoso y un prado en declive, donde grupos de bueyes reflejan en sus marmóreos lomos los rayos del sol de estío. Esta senda sin sombra ni hierba hace desear la fresca y sombreada bóveda del bosque que se ve mecido por la brisa en la ladera de la montaña, al extremo del campo árido. Bastante fatigado se llega á los primeros álamos y alisos de la plantación, y á cuyas raíces humedecen constantemente las filtraciones y los regueros de la colina. La humedad que se nota en este sitio, recuerda las inmediaciones de los arroyos. Pronto desaparecen los alisos, á medida que el suelo se eleva ó caldea: los viejos troncos agujereados; las hayas, cuya corteza tigrada como tejido parece de musgo dorado; los castaños, con sus ramas extendidas como los cedros, con hojas agudas cual lanzas, bordan el camino. Este se corta repentinamente junto á una pendiente brusca, inundada de luz, deslumbradora y ardorosa. Hay allí una cañada muy honda, cuya pendiente es muy rápida; penetra por

un lado en la obscuridad del bosque y continúa por la otra parte entre los campos cultivados y hermosa pradera.

La vegetación silvestre, rumiada de continuo por las cabras y los carneros, crece allí fina y dorada como el raro plumón que el viento siembra y también él derriba en las yermas y escabrosas rocas de los Alpes. Las flores de este campo no crecen más de lo que alcanza el vellón de un carnero; es menester bajarse para verlas; pero su aroma es delicioso, y cuando se cogen para desenrollar sus hojas con los dedos y examinar su textura, sus corolas, sus estambres ó sus colores, el corazón admira á la Providencia que se ha tomado tanto cuidado para estas germinaciones del musgo como para los vegetales gigantescos de las selvas. Las abejas, los zánganos, las mariposas y tantos insectos alados sin nombre que las chupan al calor del sol, se complacen revoloteando en el ambiente perfumado de la cañada, llena de vida, de movimiento y de zumbidos.

#### IV

En la pendiente opuesta al camino, interrumpido por este espacio, cuarenta y cinco encinas seculares olvidadas por los leñadores forman un grupo sin orden y á bastante distancia una de otra cerca la torrentera. Los brezos de color rosado, violeta y blancos tapizan con un tejido tan aterciopelado y variado como la lana de Esmirna los espacios que hay entre las matas. Sus copas, agitadas durante tantos años por el viento sur, están algo calvas; sus ramas inferiores, especialmente las de las encinas de en-

medio del grupo, se ennegrecen y secan; cuelga de ellas en su extremo un manojito de hojas amarillentas que van cayendo poco á poco con las ráfagas del viento equinoccial, produciendo un ruido seco y repentino, que hace huir y chillar de espanto á los grajos y los mirlos. Sobre el borde del barranco se inclinan las siete encinas que forman la fachada del bosque, cuyos troncos fuertes y robustos las denuncian por las más viejas; sus ramajes, los más espesos, carecen de aquellas saetas negras, preferidas por los tordos, que sirven de atalaya á los pájaros y atestiguan la senectud de los árboles; extienden sus ramas acodilladas en la pendiente de la cañada, y sus raíces, casi á flor de tierra, hinchán el césped y el musgo que las cubre.

#### V

Al pie de la más corpulenta de aquellas encinas, la más inmediata al bosque, yo encendía hogueras en mi infancia; á pesar de tantas lluvias de invierno, el humo ennegrece aún aquella corteza ruda. Siendo joven, allí escribí con lápiz muchas melodías poéticas que cruzaron mi imaginación conmoviéndola, como la tibia brisa primaveral hacía mover las ramas armoniosamente sobre mi cabeza. Allí, en días más dichosos, estábamos con los viejos y los niños de la familia pasando felizmente las horas caldeadas del día como en un salón de verano. Nada faltaba allí para el mueblaje natural de un lugar de reposo y de delicias; ni los pilares rústicos, formados por las cuarenta y cinco encinas diseminadas por la pintada alfombra, ni el arteso-

nado inimitable del follaje agitado por el hálito intermitente que reanima al caminante, ni la melodiosa música de ruiseñores y pinzones que cantan cerca del nido donde empolla la hembra, ni el blando cojín de musgo seco formado junto al tronco de los árboles, ni el sonoro curso del arrollo filtrando entre las matas tiernas de los juncos, tanto más lustrosos cuanto más oscuros, para ir á perderse entre los prados, ni el vapor que rodea las montañas, agrupadas como panorama griego, que vistas entre las ramas, parece que se admira un cuadro desde una ventana abierta entre ondulantes cortinas.

VI

Una escena de este delicioso sitio y de aquel dulce tiempo está fija en mis ojos y en mi corazón, cada vez que veo amarillear con el último rayo de sol las ramas medio desnudas del bosque de encinas.

En las raíces del árbol más viejo, que es también el más inclinado que forman los de la orilla, está sentada una mujer anciana, doblada por los años cual el árbol, sus manos hilan maquinalmente con la rueca llena de lana más blanca que sus cabellos. De vez en cuando cambia algunas palabras con una joven en lengua extranjera. Su fisonomía revela la tranquilidad de un día sereno que acaba, aguardando del cielo su salario y renace en la tierra contemplando otras generaciones.

Otra mujer, joven aún, tiene en sus manos un libro medio cerrado y que abre á menudo para leer un breve rato y volverlo á cerrar como si reflexionara lo leído. En la expresión de su fisonomía se

observa que aquel libro ocupa su imaginación en las cosas eternas: la meditación piadosa hace bajar á ratos á sus párpados, largos y casi transparentes, luego dirige hacia el cielo el globo pensativo de sus ojos. Su cara, un tanto ascética, está pálida; hay en ella las delicadas líneas de una perfecta hermosura moral.

Mejor que un cuerpo, es la envolvente de un alma; los trazos de una sonrisa tierna y graciosa moderan su austeridad hasta cuando ora. Su mirada, irradiación de celeste luz, se dirige hacia cuanto la rodea, y cuando la dirige hacia mí se detiene y se entenece. Se comprende que es una madre contemplando la felicidad de su hijo.

VII

Más abajo, sobre la hierba que ostenta hermosas manchas de sombra y de luz, una joven con cabellera rubia y ojos azules, de talle esbelto y flexible cual las que se mecen al rumor del Océano, dibuja en un libro que apoya en sus rodillas; reproduce una parte del paisaje que se ofrece á sus ojos, vivificado por hermosos tonos de sombra y de luz, por el humo de las cabañas, por los grupos de cabras que hay en lo alto de los riscos. A cada rasgo la distrae con sus gritos de alegría una hermosa niña de cuatro años. Esta criatura se deleita descubriendo y cogiendo para su madre un ranúnculo de botón de oro entre el musgo; viene luego á esparcer su cosecha á puñados sobre la hoja dibujada para recibir en recompensa un beso, y corriendo vuelve á buscar flores entre la hierba, y cuando se

arrodilla para coger una mariposa posada en una flor, ocultándose enteramente su cuerpo bajo el flotante velo de sus cabellos dorados por el sol, en su lugar, en vez de un cuerpo infantil, creeríamos que hay una madeja de seda puesta al sol como hacen la lavadoras de capullos.

En la semiobscuridad del fondo más espeso del encinar un joven observa de lejos esta escena campestre de esparcimiento doméstico; con paso desigual va de una encina á la otra sin que el césped deje percibir el ruido de sus pasos; tiene en sus manos un libro en blanco deteniéndose á intervalos para borrar en él algunas líneas.

Lo que yo escribí aquel día, helo aquí: ¡Dios mío, quién creyera que estos versos habían de trocarse tan pronto en lágrimas!



---

### Lo que piensan los muertos (1)

---

Mirad las hojas secas corriendo por el suelo.—Entre gemidos, por el valle las arrastra el viento.—La golondrina roza sus alas por el quieto pantano.—El niño de la cabaña, va cogiendo leña entre los brezos.—Ya no susurran las olas, que su encanto dieron al bosque.—Enmudeció el pajarillo entre las ramas secas.—¡Junto á la aurora, el ocaso!—El sol que apenas despunta, brilla pálido un momento al concluir su carrera.—El carnero por las zarzas va dejando su hermoso vellón de lana que servirá de nido al jilguero.—La flauta pastoril ha enmudecido; desapareció su eco; cesó también el canto de amor y de ventura.—La hoz cruel ya despojó la

---

(1) El traductor de esta obra declara sinceramente que no se encuentra capaz de poner en verso español la hermosa compasión de Lamartine. Ruega por tanto al lector tenga en cuenta su insuficiencia y admita la traducción literal de los versos de aquel inspirado poeta, que acaso hubiesen sido desnaturalizados al intentar solamente hacer de él, una versión español.

tierra de aquel verdor que le prestara vida...—Así acaban los años, así van feneciendo los días de nuestra vida.—Epoca en que todo cae—Al rudo golpe de viento.—Soplo enamado de la tumba que arrancas del mundo la vida con la mayor indiferencia.—Cómo el ave se arranca las plumas cuando observa en sus alas otras nuevas.—Entonces fué cuando vi palidecer y morir á los tiernos frutos que Dios nos dejó madurar.—Aunque joven, ya en la tierra—Vago errante y solitario.—Y al preguntarme yo mismo.—¿En dónde se encuentran los que adora mi corazón?—La mirada se inclina triste hacia la tierra.—La cuna está vacía.—El niño, arrebatado por la muerte, ha caído del seno de la cuna al frío lecho funeral.—Los muertos envueltos en el polvo que les cubre nos dirigen esta voz.—¿Los que gozáis de la vida, pensáis aún en nosotros?—¡Oh! muertos queridos—¿Dónde estáis?—¿Acaso pobláis un astro fulgurante con luz más eterna que la nuestra?—¿Acaso vagáis entre el cielo y la tierra?—Allá donde os encontréis, ¿jamás podréis oír la dulce voz de vuestros deudos?—¿Habéis vosotros olvidado á los que dejásteis sumidos en la mayor tristeza?—¡Oh! no, Dios mío! si tu gloria—Les ha borrado el recuerdo humano.—Quitadnos á nosotros la memoria.—Y nuestro llanto no correrá en vano.—En tí, Señor, sin duda está su espíritu.—Mas guarda en su recuerdo el lugar nuestro.—Ampárales, Señor, el don de tu clemencia es grande.—Si aquí pecaron, dales ¡oh Dios! tu sublime perdón.—Ellos fueron, lo que nosotros somos ahora.—Polos, juguetes del viento.—Frágiles y débiles como la nada.—Si sus plantas resbalaron, y si han faltado por su boca al

precepto de la ley,—Perdónalos, juez supremo.—Tu poder es grande.—A tu voz desaparecen las cosas todas de los hombres.—Si tocas la luz, tus dedos quedarán empañados.—Las columnas de la tierra y las del cielo tiemblan á tu voz.—Si dices á la inocencia.—«Sube á mi presencia y habla,» aparecerá velada por tus virtudes.—Mandas al sol que alumbre.—Y la luz constante luce.—Dices al tiempo que nazca.—Y dócil la eternidad arroja los siglos por miles.—Los mundos que tú repones se renuevan á tu vista.—Jamás separas del pasado el porvenir.—Las edades desiguales se igualan bajo tu mano.—Nunca tu voz pronuncia estas palabras.—*Ayer, hoy, mañana.*—Padre de la naturaleza.—Manantial de bondad.—Dios clemente y misericordioso.—Suprema virtud, ¡perdón! ¡perdón!

## VIII

Cuando el día descende, entro en mi casa á paso lento; me encierro en mi habitación la más alta y abandonada de la casa, desde la cual se domina el viejo campanario de la aldea: desde allí se sienten muy bien los ecos de la campana y los silbidos del viento. Parece que la naturaleza y la religión se han puesto de acuerdo en día semejante para dirigir hacia los sepulcros el pensamiento de los vivos.

El infatigable campanero, asido á la cuerda de las campanas, no cesa de tocar desde el medio día del primero de Noviembre hasta el amanecer del siguiente. Aquel fúnebre clamoreo evoca en los corazones recuerdos de aquellos sobre cuyos corrup-

tos cuerpos, ha resonado muchas veces el azadón del sepulturero. Aquella campana recalentada por los incesantes golpes del badajo, parece que se agita por la fiebre, y que á cada paso ha de romperse torturada por tanto martilleo.

Tales fueron las impresiones que yo experimenté en día semejante y que me inspiraron las siguientes estrofas:



---

### La campana de la aldea

---

¡Oh! Cuando toca la campana lentamente,—Esparciendo sobre el valle su voz parecida á un gemido.—Diríase que es la mano de un ángel quien la mueve.—Y que entre la brisa nocturna, derrama sobre la tierra cuanto en él hay de divino.

—Cuando huyen del campanario las negras golondrinas.—Porque el viento hace temblar sus nidos de barro.—Y buscan en los estanques el reposo apetecido.—Cuando la viuda de la aldea se arroja sobre los hilos que se desprenden de su rueca.—Pagando con el rezo su tributo á los muertos.

—Siento en mi pecho un canto sonoro, que no es del goce de la vida.—Ni es producido por los recuerdos de mi infancia.—Ni es de amores la primera alborada de la savia primaveral que rejuvenece el campo.—Cuando allá en la pradera.—Suenan las voces virginales que tornan con sus cántaros llenos de agua.—Yo no sé lo que es, pero lloro.—Mi triste corazón canta al despertar con un melódico mur-